



**INFORME
INTERNACIONAL
EMBAJADA
ABIERTA**

Contenidos

I - Introducción

II - Brasil y el futuro de la región

**III - El G20 y la necesidad de una
agenda latinoamericana**

Informe N°3

8 de septiembre de 2016

I - INTRODUCCIÓN

La crisis brasileña y su controvertido desenlace institucional están llamados a generar repercusiones no sólo en el plano doméstico de ese país sino en el capítulo regional y aún en un contexto más amplio, como se advirtió en la reciente cumbre del G20 en China.

La crisis económica más intensa y prolongada de los últimos 20 años en Brasil fue el telón de fondo para que prosperara el impeachment a Dilma Rousseff, su destitución, y la asunción de Michel Temer para completar el mandato hasta 2018. Si la economía no hubiera estado transitando por una recesión con impacto en el empleo, en el poder adquisitivo de la población y en los niveles de producción e inversión, difícilmente hubiera sido posible la ofensiva política que terminó con la gestión de Dilma.

Las expectativas sobre la recuperación económica de Brasil caminan en la misma zona de turbulencia e incertidumbre que la que evidencia la escasa legitimidad de Temer para llevar adelante el gobierno. En el plano interno, el ahora presidente debe enfrentar muy bajos niveles de popularidad - similares a los de Dilma antes del impeachment- y crecientes denuncias de corrupción que afectan a sus aliados y a miembros del gobierno. En la esfera regional, tendrá que lidiar con un Cono Sur dividido sobre el desenlace institucional. Bolivia, Ecuador y Venezuela condenaron el desplazamiento de Rousseff, mientras que la Argentina, Chile y Paraguay optaron por el reconocimiento explícito a la legalidad del desenlace brasileño.

Temer también se preocupó por buscar un paraguas político en el plano global. Su rápido viaje a la cumbre del G20 en China y el llamado de su ministro de Hacienda a inversores externos para que se interesen por concesiones estatales y privatizaciones por 270.000 millones de dólares dan cuenta de la urgencia por reinstalar a Brasil dentro del grupo de naciones más influyentes.

La economía, naturalmente, será el gran test. Luego de dos años de contracción -con una caída acumulada del PBI cercana al 8%- las apuestas a una leve recuperación económica son hoy el desafío que busca superar el gobierno de Temer. Ante todo, el objetivo es dejar de caer. Luego, se verá el grado de recomposición posible. A contramano de ciertos escenarios voluntaristas que circulan en sectores políticos locales, analistas más precisos pronostican que la economía experimentará un moderado rebote en 2017. Sería muy leve y no llegaría al 1 por ciento, guarismo que resultaría insuficiente para atender las demandas productivas y sociales, y menos aún para despertar entusiasmo en sus socios del Mercosur, especialmente la Argentina, cuya dependencia del crecimiento brasileño es manifiesta.

Esta débil recuperación de Brasil tendrá lugar en un escenario internacional dominado por el estancamiento económico. Como ha quedado expuesto en la reciente cumbre del G20, hay preocupación por la lentitud y la poco vigorosa expansión de la economía en el mundo. Las recomendaciones de estímulos fiscales y monetarios que el G20 ha venido realizando no han tenido resultado. Muchas medidas no se han adoptado, o no ha habido coordinación global para hacerlo o han influido consideraciones geopolíticas contradictorias con la búsqueda de estimular el crecimiento. Pero la raíz del problema parece consistir en el mantenimiento de criterios de austeridad que ya son de largo alcance, en los cuales se incluyen reformas laborales y jubilatorias con impacto negativo en el nivel de empleo y el consumo.

Esta sombría perspectiva provocó que se incluyera en la reciente cumbre del G20 una especial consideración por el aumento de la exclusión y la desigualdad, que se vincula no sólo con la declinación económica global sino con la explosión de los movimientos migratorios en Europa y Medio Oriente. La falta de crecimiento en vastas regiones del mundo tiende a consolidar la idea en muchas franjas de la sociedad de que la globalización es una amenaza antes que una oportunidad. Sobre este temor cabalgan los

movimientos xenófobos y nacionalistas que comienzan a mostrar resultados electorales favorables.

Para la Argentina, el lento crecimiento mundial seguirá siendo un desaliento a la hora de encontrar una salida para la recesión. En cambio, el anuncio de que el país será sede de la cumbre de presidentes del G20 en 2018 abre perspectivas interesantes de cara a los próximos dos años.

Naturalmente, la elección de la Argentina como sede no basta para capitalizar beneficios. Habrá que definir estrategias, coordinar con los socios regionales y, fundamentalmente, posicionarse en el plano interno para llegar con fortaleza a ese encuentro. Para entonces quedará más claro si el G20 puede ser un foro desde el cual motorizar el cambio en las condiciones de la economía mundial o quedará apenas como una vidriera para abordar asuntos bilaterales que requieren de la foto de ocasión.

II.- LA CRISIS DE BRASIL Y EL FUTURO DE LA REGION

La destitución de Dilma Rousseff y la confirmación de que Michel Temer concluirá el mandato de la Presidenta desplazada tiende a dibujar una reconfiguración política y económica en la región a la vez que abre interrogantes sobre el futuro del Mercosur.

En el plano estrictamente interno, el mandato de Temer surge con una inocultable dosis de debilidad y legitimidad cuestionada, en tanto que su sostén político no sólo estará determinado por la evolución de las alianzas que desarrolle o profundice sino esencialmente por su capacidad para trazar un horizonte creíble de recuperación económica. Temer parte de un limitado nivel de popularidad, dato que condicionará su gestión. Según sondeos recientes, su piso de aceptación es tan bajo como el que registró Dilma Rousseff con anterioridad al impeachment y no supera el diez por ciento.

Las fuerzas políticas opositoras que impulsaron la destitución de Dilma no sólo tuvieron en cuenta el impacto de corto plazo del impeachment sino que apuntaron directamente hacia 2018, con el propósito de debilitar la recuperación política del Partido de los Trabajadores y devaluar la alternativa de que el ex Presidente Lula Da Silva presente una candidatura para el comicio general.

La fragmentación política, la falta de cohesión de los líderes brasileños y la oscura imagen que tienen los partidos políticos –superior al 80% de respuestas negativas, según Latinobarómetro- son en verdad funcionales a sectores del establishment local, que buscan erosionar la base de sustentación del PT y desalentar su recuperación en el corto o mediano plazo.

La batalla política derivada de la crisis institucional no concluyó con la salida de Dilma. La apelación a la Corte Interamericana de Derechos Humanos de la mandataria desplazada y la presentación de sectores de la

oposición ante el tribunal supremo de justicia brasileño cuestionando la votación que evitó la inhabilitación de Dilma para ocupar cargos públicos prometen un largo período de pulseadas políticas e institucionales, lo cual operará como una sombra que se proyectará sobre la gestión de Temer.

El impacto regional

En el plano regional, la crisis política brasileña marcó un surco en la reacción de los países del Cono Sur. Bolivia, Ecuador y Venezuela se alistaron en el cuestionamiento a la destitución y retiraron sus embajadores, mientras que la Argentina, Paraguay y Chile se apresuraron a darle crédito a la “legalidad” de la salida institucional. Con menos énfasis y matices distintivos, Uruguay hizo saber que se plegará a la confluencia del Mercosur.

Más allá del desenlace, hay que decir que la Argentina trabajó sigilosamente para acompañar una salida menos traumática que la que finalmente tuvo lugar en el país vecino. Se buscaba, en esencia, evitar el impeachment de Dilma con la contrapartida de un adelantamiento de las elecciones. La alternativa, que se evaluó en algún momento, fracasó porque no estaba contemplada en la Constitución y tampoco se logró voluntad política para su instrumentación.

¿Podrá retomar Brasil su expansión internacional, recuperando su lugar reciente como sexta economía del mundo y restableciendo su peso dentro del G20? Ese fue el apuro que dejó evidenciar Temer al viajar rápidamente a China para la cumbre del G20. El objetivo fue mostrarle al mundo que la institucionalidad funciona y que la economía seguirá el patrón de las líneas convencionales que se discuten hoy entre los países centrales y los organismos multilaterales: reducción del costo laboral, límites severos a la expansión del gasto público, reforma jubilatoria y mayor participación del capital privado en sectores clave.

De hecho, el ministro de Hacienda, Henrique Meirelles, lanzó un llamado a los inversores internacionales en el G20 para interesarlos sobre un programa de concesiones estatales y privatizaciones que involucraría un monto estimado de 270.000 millones de dólares.

En cuanto a la región, el desafío será establecer y emitir señales claras sobre la eventual vocación de fortalecer el Mercosur o, en sentido contrario, mantener al bloque en su actual estado de hibernación para comenzar a explorar acuerdos bilaterales con otros países y áreas regionales pasando por alto la preferencia del Mercosur. Es una discusión que impacta en la Argentina y que se ha vuelto sustentable a partir de la designación como canciller de José Serra, a quien se le atribuyen posiciones poco contemplativas en favor de la consolidación del Mercosur.

La crisis brasileña caminó de la mano con las turbulencias institucionales en el comando del Mercosur. La presidencia pro tempore correspondiente a Venezuela fue objetada especialmente por Paraguay y Brasil, aunque con fundamentos diferentes, puesto que el primero insinuó la necesidad de aplicar la cláusula democrática y el segundo, en pleno proceso de destitución de Dilma, obviamente no compartió la postura. Por el momento, las conversaciones se orientan a dar plazo a Venezuela para que resuelva los incumplimientos en el seno del Mercosur antes de asumir la presidencia del bloque. Entre tanto, se buscaría un formato de conducción colegiada que podría extenderse hasta enero, cuando la Argentina asumirá la presidencia.

Pero Brasil también tiene en foco la difícil tarea de acelerar las negociaciones recientemente relanzadas entre el Mercosur y la Unión Europea. El canciller Serra se quejó en las últimas horas antes sus pares de España e Italia por la demora europea frente a las tratativas. Brasil quiere potenciar las exportaciones de sus pequeñas y medianas empresas y se apresta a anunciar un régimen de promoción que incluirá estímulos fiscales y crediticios y la creación de un operador comercial único –también lo sería del Mercosur- para facilitar las ventas externas. Pero necesita

ampliar los mercados para la colocación de sus productos y ese objetivo requiere negociaciones bilaterales y multilaterales.

La recuperación de la economía es indispensable para los objetivos políticos de Temer. No será una tarea sencilla. Brasil transita desde 2014 la peor y más prolongada crisis económica de los últimos 20 años. La opción por las políticas de austeridad encaradas por el gobierno de Dilma Rousseff en su última etapa tendieron a agravar el problema al tiempo que minaron su base de sustento social. Luego de 9 trimestres de caídas consecutivas algunos indicadores insinúan que el ritmo de la caída podría aminorarse. Pero las perspectivas no son tan alentadoras. Los principales pronósticos económicos colocan a Brasil con un muy moderado crecimiento del 0,8% para el 2017, lo cual tras una caída de casi 8% en dos años se traducirá en niveles de actividad y demanda muy inferiores a los máximos alcanzados en 2013.

La peor crisis económica en 20 años

Brasil transita actualmente una de las crisis más severas y prolongadas de su historia. La economía acumula más de 2 años de contracción ininterrumpida y una baja de 7,9% del PBI respecto de los niveles máximos de principios de 2014.

La caída de la actividad económica supera por mucho a los episodios de crisis más severos que el país enfrentó en las últimas dos décadas. Ni la salida del Plan Real en 1998, con una caída del PBI de 2,1% y una recuperación que se demoró 8 trimestres, ni la crisis financiera internacional de 2008/09 con una contracción del 5,6% y 5 trimestres hasta la recuperación se comparan con los guarismos actuales. Tras 9 trimestres consecutivos de caída, los datos no reflejan aún indicios de un cambio de tendencia.

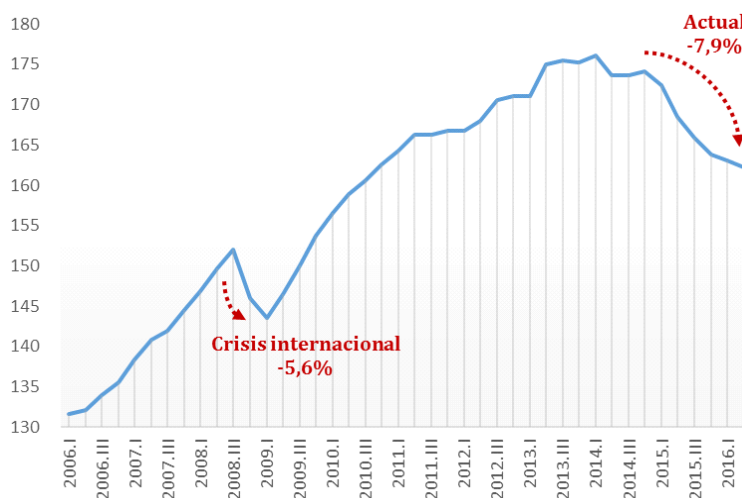
Últimas grandes crisis de la economía brasileña

	Caída acumulada del PBI	Trimestre transcurridos para recuperar los niveles pre-crisis
Crisis salida del Plan Real	-2,1%	8
Crisis 2001	-1,2%	4
Crisis financiera internacional 2008/09	-5,6%	5
Crisis actual	-7,9%	?

Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos de IPEADATA

La crítica situación económica de Brasil es el resultado de una combinación de factores políticos y económicos internos en el contexto de una economía global que no aporta demasiadas noticias positivas para la región. Es así que hacia 2014, frente un escenario externo no del todo favorable, las autoridades brasileñas establecieron una combinación de políticas que tendió a afectar gravemente la demanda y las condiciones económicas internas.

Evolución del PBI de Brasil, serie desestacionalizada

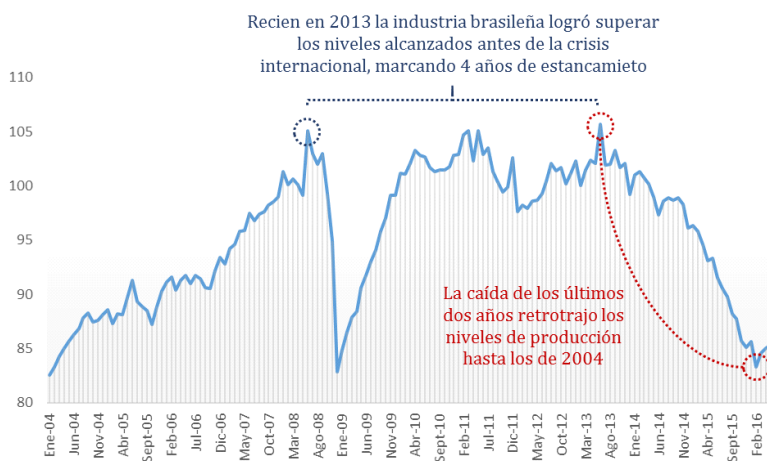


Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos de IPEADATA

La decisión de permitir la devaluación del real y encarar un proceso de austeridad fiscal para hacer frente a las amenazas respecto de una posible baja en la calificación de la deuda soberana dieron inicio al proceso recesivo. Los escándalos de corrupción en Petrobras (principal empresa del país) y sus derivaciones sobre las principales firmas constructoras agravaron la situación política y afectaron la dinámica de la inversión pública, principal herramienta de política contracíclica.

Desde el inicio de la recesión, la baja de la inversión (-24,6%), el consumo privado (-8,4%) y el gasto público (-2,2%), se superpusieron a la delicada situación que enfrenta la industria brasileña. La producción industrial transita hace ya algunos años un prolongado proceso de estancamiento. La industria nunca logró recuperarse de la última gran crisis internacional. La devaluación del real buscó atender el problema y mejorar la situación respecto de la competencia externa. Sin embargo, los efectos sobre la dinámica de los precios y los ingresos de la población terminaron por generar una nueva caída. Los niveles de producción se ubican actualmente en registros semejantes a los de 2004.

Producción industrial en Brasil, serie mensual desestacionalizada

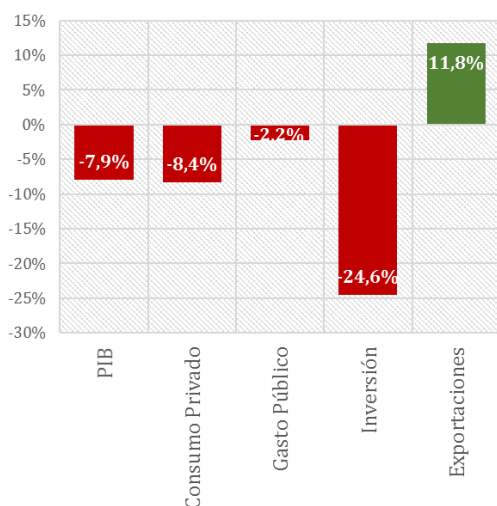


Fuente: Elaboración propia sobre la base de datos de IBGE

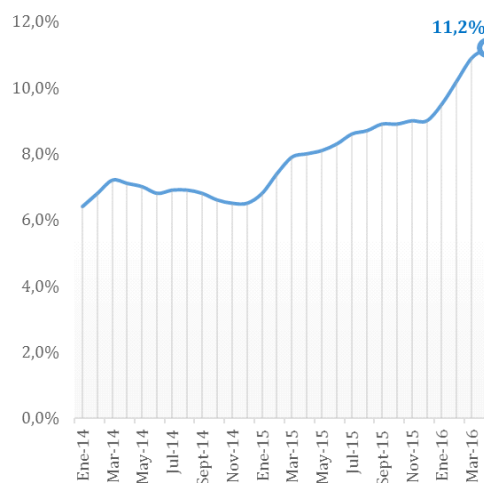
La baja de la actividad se combinó con una aceleración de precios. La inflación anual se incrementó desde valores cercanos al 5% en 2014 hasta registros superiores al 11% entre finales de 2015 y principios de 2016. La suba de precios fue combatida por el Banco Central de Brasil con el alza de la tasa de interés, circunstancia que terminó por agravar las condiciones económicas por sus efectos sobre el costo y la disponibilidad del crédito.

En simultáneo, el aumento del desempleo puso bajo amenaza muchos de los avances sociales de las dos primeras gestiones económicas del PT. La tasa de desempleo se elevó desde el 6,2% hasta un 11,2%.

% var. componentes demanda desde inicio de la recesión



Tasa de desempleo



¿Cerca del piso?

Aunque la economía transita aún un sendero de dificultades, algunos indicadores económicos comenzaron a dar señales de una cierta desaceleración de la caída. Los denominados “brotes verdes” de la

economía brasileña dieron lugar a que algunos analistas comenzaran a postular que el fin del ciclo recesivo estaba cerca.

Una rápida revisión de los principales indicadores económicos refleja que la economía continúa en recesión y que hasta el momento tan sólo el ritmo de la caída se ha desacelerado. El indicador mensual de actividad económica del Banco Central de Brasil refleja para el mes de junio una caída anual de 3,1%, inferior a la registrada en los meses previos (-5% y -4,9% en abril y mayo respectivamente). Circunstancias similares se observan en las ventas de automóviles, las ventas minoristas y los índices de confianza del consumidor, que poco a poco comienzan a dar señales de recuperación respecto de los meses anteriores, aunque todavía con importantes caídas en la comparación anual.

El dato de consenso respecto del resultado económico para 2016 es una caída del 3,3%. La tan ansiada recuperación comenzaría recién en 2017, pero con un muy modesto crecimiento proyectado de 0,8%. Las magras proyecciones reflejan cierto escepticismo respecto de la recuperación. Si bien la economía parece aproximarse a su piso, no se avizoran cuáles serán los principales motores de la recuperación. Tras una caída que en los últimos dos años implicó una baja de la producción cercana al 8%, el crecimiento esperado de 0,8% coloca a Brasil todavía muy lejos de recuperar los niveles de actividad económica, empleo y consumo de los años previos.

Mientras tanto, las principales novedades de política económica anunciadas por la nueva gestión parecen ratificar el rumbo de austeridad que consolidó el escenario recesivo en Brasil. El proyecto para una enmienda constitucional que intenta poner un techo al gasto público, junto con un ambicioso proyecto de reforma laboral obligan a preguntarse qué es lo que ha aprendido la región, y en particular Brasil, de las trágicas consecuencias políticas y económicas que la obsesión por la austeridad ha traído sobre Europa.

Finalmente, los visos de normalización de la situación política han permitido una cierta estabilización en los flujos de capitales hacia el país que redundaron en una tendencia a la apreciación de la moneda. Estos cambios, junto a la recesión han permitido a Brasil doblar el crecimiento de la inflación (se redujo del 9,3 al 8,8%), pero ponen nuevamente sobre el tapete las viejas discusiones sobre la viabilidad y sustentabilidad económica de una importante porción del entramado productivo brasileño y comienzan poco a poco a afectar a la única variable que se ha mostrado cierta resiliencia frente a la crisis: las exportaciones.

¿Qué se puede esperar desde la Argentina?

La posibilidad de que Brasil comience a transitar lentamente el final de su más importante recesión de los últimos 20 años es, sin lugar a dudas, una importante novedad para la Argentina. La crisis en Brasil se ha hecho sentir con fuerza desde 2014 del otro lado de la frontera, en especial sobre aquellas actividades y cadenas regionales de valor de mayor integración o donde existe una intensa competencia entre ambos países.

La producción e intercambio de productos automotrices constituye uno de los más claros ejemplos debido a la elevada complementariedad de ambos mercados y la fuerte dependencia de Argentina respecto de las ventas hacia Brasil. La caída de la demanda brasileña es también un problema para productos que, aun con menor integración, tienen en ese mercado un importante destino de exportación (en este grupo pueden contarse algunos de los principales productos de las economías regionales). Lo mismo puede decirse de aquellos sectores que resultan competitivos con Brasil y para los cuales la crisis en el país vecino y el cambio en el régimen de comercio exterior se transformó en una amenaza competitiva (alimentos, química fina y cosméticos, calzado, etc.).

El posible final de la recesión para Brasil no es sin embargo tan auspicioso. Las proyecciones económicas plantean un escenario de moderado

crecimiento tras una fuerte caída de la actividad. Brasil deberá seguir conviviendo con un relativamente alto nivel de desempleo y con una demanda interna muy por debajo de los niveles alcanzados antes de la crisis. De concretarse este panorama, Brasil dejaría de ser uno de los focos de problema que enfrenta la economía argentina, pero se encontraría lejos de aportar una solución a compleja situación local.

III. – EL G20 Y LA NECESIDAD DE UNA AGENDA LATINOAMERICANA

El G20 finalizó en Hangzhou, China, su decimoprimer cumbre de presidentes. Pese a las expectativas generadas por el encuentro, los mandatarios no lograron poner en marcha iniciativas de política concretas que puedan movilizar a una economía mundial que no termina de recuperarse.

La inmensa mayoría de los líderes presentes en el encuentro manifestaron su preocupación respecto de los efectos que los magros niveles de crecimiento de la economía y el comercio mundial pueden generar sobre el actual sistema de relaciones internacionales.

La cumbre consolidó la idea de que los problemas económicos en las diferentes regiones del planeta se han transformado en una amenaza para el proceso de globalización. Sin embargo, las particulares circunstancias internas que afrontan los miembros del grupo dificultan la coordinación de políticas y la concreción un programa explícito.

Estados Unidos debate el futuro electoral del país; Europa soporta una economía deprimida y ahora trastornada por la reciente decisión de Gran Bretaña de abandonar la Unión Europea; Rusia no logra recuperarse de los estragos generados por la caída del precio del petróleo; en Asia, Japón exhibe un prolongado estancamiento y China enfrenta por primera vez en años la desaceleración de su ritmo de crecimiento y una delicada situación en su sistema financiero. Por si fuera poco, los problemas migratorios disparados por la crisis de Medio Oriente agravan la situación y tensan las relaciones diplomáticas.

El contexto para las economías de América Latina no es diferente. La crisis política y económica brasileña mina las capacidades de la región para hacer sentir su voz, al tiempo que el otro gigante, México no termina de definir su pertenencia al bloque latinoamericano.

La principal novedad para la región fue la oficialización de que Argentina será la sede de la decimotercera cumbre del G20 en 2018. Evitar que la cumbre en Argentina sea una mera vidriera para una agenda declamativa requerirá de un importante esfuerzo con miras a la construcción de un posicionamiento común a nivel regional.

A pesar de las innumerables problemáticas compartidas, México, Brasil y Argentina no han logrado articular una posición común y plasmarla dentro del G20. Recientes cambios de signo en los gobiernos, incertidumbre sobre los alineamientos regionales y ausencia de diálogo sobre el papel común en el seno del G20 son capítulos sobre los que habrá que trabajar intensamente. La cumbre a realizarse en la Argentina constituye por lo tanto una oportunidad para poner en marcha por primera vez una agenda de trabajo común que permita cristalizar las necesidades de la región en la agenda global.